



REVISTA DE LOS CAZADORES.



Á fin de que nuestros lectores estén al corriente de todo lo que ocurra en el gran concurso que va á tener lugar en París este verano, hemos nombrado una persona competente, que con carácter de corresponsal asistirá á dicha exposicion, encargado de enviarnos correspondencias, y anticiparnos cuantas noticias sean de interés directo para los cazadores, y aun aquellas otras que, relacionadas con la ciencia forestal ú otra cualquiera, tengan sin embargo importancia, aunque en orden secundario, con el objeto de nuestra publicacion.

APUNTES SOBRE ARMAS Y CAZA.

(Continuacion.) (1)

Habiendo encontrado el aficionado escopeta á su medida y gusto, juzgando por el exterior, segun las reglas antes indicadas, debe proceder á la prueba de solidez: en pri-

mer lugar, haciendo antes quitar los culatines para ver ante todo si el barrenado del ánima está bien hecho, y suave, sin anillos ni desigualdades, y sin tener grietas ó pelos por defectos del metal; para esto se pasa un taco fuerte y grueso de carton del calibre exacto, y empujado con suavidad deberá recorrer el cañon con casi igual presion, observándose que debe sentirse un pequeño aumento de resistencia progresiva hasta la sexta parte del largo, contando desde la boca; desde aquí hasta las nueve décimas, debe ser perfectamente cilindrico, por lo que la resistencia será igual; y al llegar á la última décima, debe sentirse un alivio poco perceptible hasta la recámara. Este sistema es el que seguian nuestros antiguos armeros madrileños, y el que concilia mejor la fuerza, la igualdad y el recogimiento del tiro, que es lo que produce el buen alcance del arma; por cuyo motivo, tanto como por la calidad de su metal fueron y, á pesar de lo mucho que ha adelantado la fabricacion de este género en el extranjero, siguen siendo los que mejores resultados prácticos han dado en la caza (como de un solo cañon); sobre todo donde la caza no es por decirlo así mansa, como sucede en los bien guarda-

(1) Veáanse los dos números anteriores.

dos cotos de Inglaterra y Alemania, y parte de Francia. En Lieja, segun me ha dicho M. Louis Viardot, tan aprovechado cazador como distinguido literato, muchos fabricantes conservan este sistema, adoptado sin duda durante la dominacion española, y dan sus armas muy buenos resultados segun todos los estamos viendo, y que las hace ocupar en la opinion de la mayoría el puesto inmediato á las inglesas; sin que esto sea rebajar el mérito de Lebeda, de Praga y algunos pocos autores franceses, ni el de don Eusebio Zuloaga, cuyas armas de *encargo* pueden competir con cualesquiera otras.

Quitados, pues, los culatines, y visto que los cañones no parecen tener defecto, se ponen estos en equilibrio sobre el dedo índice, y se les dá un ligero golpe con madera, y se escucha el sonido que dan; si este es suave y prolongado, como los últimos ecos de una campana, es señal de ser metal suave y de estar bien soldadas las piezas; si el sonido es corto y agrio, ó cascado, no promete bien ni de una cosa ni de otra. Mucho se ha discutido sobre la forma de la recámara, prefiriendo unos que el cascabel sea semicircular ó en forma de media naranja; yo prefiero que sea un cono truncado, con la comunicacion de la recámara con la chimenea muy corta, y tambien de forma cónica obtusa; pues se puede usar pólvora más granada (que es más fuerte y arde mejor que la muy fina), y el fuego se comunica más pronto y más por igual que en las de conducto más largo y estrecho. Es conveniente que los culatines tengan un oído muy finito, como suelen ponerlo los ingleses, pues no solo dejó escapar el aire comprimido por el taco al cargar, facilitando esta operacion, sino que con su respiro ayuda la combustion de la pólvora. Por esta razon se ha observado que las armas Lefaucheux queman más pólvora que las de piston, pues por bien hechos que estén los ajustes de sus cañones contra la plancha que recibe el empuje del tiro, siempre queda alguna respiracion.

Vuelta á armar la escopeta, se cargan los cañones para la prueba de resistencia. Es casi supérflua esta prueba en las armas de lujo que traen el punzon de la prueba oficial en su respectivo país, y son de armeros conocidos; pero como estas armas no están siempre al alcance de todos, no he creído

inútil indicar los medios de hacerla, para saber á qué atenerse cuando se encuentran cañones que no llevan punzon ó marca legítima de prueba.

Hé aquí, segun el coronel Hawker, la escala proporcional, segun calibres ingleses, cuya reduccion á adarmes es bien sencilla:

NÚMERO DE BALAS EN LIBRA.	PESO DE PÓLVORA PARA LA PRUEBA.		NÚMERO DE BALAS EN LIBRA.	PESO DE PÓLVORA PARA LA PRUEBA.	
	Onzas.	Adarmes.		Onzas.	Adarmes.
1	11	0	26	»	8 $\frac{1}{2}$
2	5	5	27	»	8 $\frac{1}{2}$
3	3	8	28	»	8 $\frac{1}{2}$
4	2	11	29	»	7 $\frac{1}{2}$
5	2	2	30	»	7 $\frac{1}{2}$
6	1	12	31	»	7 $\frac{1}{2}$
7	1	8	32	»	7 $\frac{1}{2}$
8	1	6	33	»	7
9	1	2	34	»	7
10	1	1	35	»	7
11	»	16	36	»	7
12	»	16	37	»	7
13	»	15	38	»	6 $\frac{1}{2}$
14	»	14	39	»	6 $\frac{1}{2}$
15	»	14	40	»	6 $\frac{1}{2}$
16	»	13 $\frac{1}{2}$	41	»	6
17	»	13 $\frac{1}{2}$	42	»	6
18	»	12 $\frac{1}{2}$	43	»	6
19	»	11	44	»	6
20	»	10	45	»	5 $\frac{1}{2}$
21	»	10	46	»	5 $\frac{1}{2}$
22	»	9	47	»	5 $\frac{1}{2}$
23	»	9	48	»	5 $\frac{1}{2}$
24	»	8 $\frac{1}{2}$	49	»	5 $\frac{1}{2}$
25	»	8 $\frac{1}{2}$	50	»	5 $\frac{1}{2}$

Esta es la escala de reglamento de artillería (inglesa) y de la sociedad de armeros de Londres. Á mí me parece algo exagerada, pues creo sea bastante cuadruplicar la carga usual de cada cañon, y con un taco bien apretado, de un pliego de papel de estraza, encima de la pólvora, si resiste sin resentirse de la explosion simultánea de los dos cañones, no se necesita más seguridad. Para un calibre 16, pues, cuya carga máxima son tres adarmes de pólvora, bastan doce adarmes; y así proporcionalmente en los demás calibres. Tampoco es mala prueba echar seis adarmes de pólvora, un taco prieto de fieltro y onza y media de perdigones zorreros con otro taco; ó dos cargas naturales una sobre otra en el mismo cañon, que son las equivocaciones que puede padecer un cazador distraído, y no hay necesidad de estremecer el arma con pruebas exageradas. En las armas Lefaucheux

basta con llenar todo lo posible un cartucho con la pólvora más fuerte que se encuentre, y ponerle dos fuertes tacos de cartón, y luego entrar por encima, cargado el cañon, primero un taco elástico, y despues otros dos muy justos de cartón fuerte, con lo que hay bastante, puesto que teniendo que sujetarse á la cabida del cartucho, no se puede sobrecargar mucho.

Pasemos ahora á la prueba del tiro. Se pone un pliego grande de papel á cuarenta varas de distancia, y se tira bien al centro: si los plomos están bien repartidos, y á algóménos de una pulgada uno de otro, no se necesita más para que una pieza no pueda irse; se repite dos ó tres veces la prueba con cada cañon para ver si tiran con igualdad. Visto este resultado, se pasa á ver si además de recoger el tiro lleva fuerza, para lo cual se ponen dos docenas de pliegos de papel fuerte, y se juzga de la fuerza de penetracion segun el número de ellos que pasen los plomos. Para estas pruebas se deben usar plomos de los que en Madrid llaman del número 4, que es el que se debe usar para la generalidad de la caza, aunque para codornices y becasinas se puede emplear 6.^a, y para sotos muy espesos, y patos, 3.^a La carga para calibre 16 debe ser $2\frac{1}{2}$ á 3 adarmes de pólvora buena, y $1\frac{1}{4}$ onza de plomos; para los calibres 20 y 22 francés bastan $2\frac{1}{4}$ adarmes de la primera y una onza de los segundos. Si la escopeta abre demasiado el tiro, no se puede esperar buen resultado á larga distancia, así como si lleva la munición en parches, con claros intermedios, se debe desechar porque proviene de estar mal barrenada; y no tirando muy cerca, aunque se matará alguna que otra pieza á grandes distancias, las más se escapan entre los claros, y ni siquiera habrá seguridad á distancias medianas.

Me he extendido más de lo que á algunos les parecerá oportuno, tratando de las armas de piston, porque creo que aún faltan muchos años para que en todas partes se generalice el uso del Lefauchaux, porque este sistema no está, principalmente por el mayor coste de sus accesorios, al alcance de muchos aficionados; y porque no es prudente, aun teniendo armas de este sistema, que para expediciones largas y á sitios muy retirados, que es donde más caza suele en-

contrarse, se exponga el aficionado á hallarse desarmado por falta de cartuchos, que no se encuentran tan pronto ni con la facilidad que los perdigones, pólvora y pistones, que hay en todas partes: por lo que siempre se deberá conservar, aunque no fuese más que para tales casos, una escopeta de piston.

En pocas palabras voy á decir mi opinion sobre las armas Lefauchaux, formada imparcialmente despues de oir y leer lo que se ha dicho en pró y en contra, y de haberlas usado en union con las otras, durante bastante tiempo. En primer lugar, se pueden cargar y tirar de tres á cuatro tiros, mientras se hace una vez con las de piston, sin necesidad de pararse cuando se va en mano, ni hacer ruido si se está en ojeo. 2.^o En puestos, como de la perdiz, se carga sin sacar el arma de la boquilla ni hacer movimientos que se observan desde lejos; y si algun ratero (como ya ha ocurrido) está esperando á que el cazador tenga la escopeta vacía para echársele encima, por pronto que acuda, lo halla otra vez listo. 3.^o Si por casualidad en un ojeo se ve venir lobo, zorra, ó res, se puede en un momento mudar el cartucho de plomos por otro de bala, sin tener que recurrir á echar balas sueltas en los cañones, que además de hacer tiro incierto, pueden atascarse antes de llegar á la carga y hacer reventar los cañones por buenos que sean. 4.^o Al llegar al punto de descanso, se descargan sin desperdicio de munición, y se evita que los perros derriben una ó más escopetas riñendo, y que al caer salga un tiro y hiera á cualquiera. 5.^o Si se ensucian á fuerza de tirar los cañones, se limpian en un momento con un trapo con aceite y una cuerda, quedando en disposición de seguir cazando. 6.^o Se evita el peligro de que al cargar un cañon, estándolo el otro, por cualquiera causa salga el tiro y se lleve una mano. 7.^o No puede haber equivocacion en la carga, pues no es posible entrar más de un cartucho en cada cañon. Y 8.^o En dias húmedos toda la pólvora está seca en el fondo del cartucho, sin que se quede pegada parte de ella en el tránsito del cañon como sucede en las de piston, resultando los tiros más iguales.

Estas son las principales ventajas. Con respecto á sus cualidades para el alcance,

yo puedo decir que no he notado diferencia hasta ahora; pero debo añadir que por circunstancias particulares, no he podido ir á ninguna cacería de aves acuáticas hace tres inviernos; y solamente en estas es donde se ven prácticamente los verdaderos resultados de las armas que se quieren comparar: y por lo tanto suspendo mi juicio, diciendo solo que en igualdad de circunstancias prefiero el Lefauchaux, á pesar de que su uso es algo más caro, y sus composturas en caso de deterioro más difíciles de hacer, fuera de pocas poblaciones, por la falta de verdaderos armeros.

Hay varias clases de cañones, que todos son buenos estando bien hechos, pero que cuestan más ó menos segun su clase. El primero y más barato es el cañon de hierro dulce: este ya casi sólo se emplea para las armas de munición, sin embargo de que á esta clase pertenecen nuestros inmejorables cañones antiguos madrileños, catalanes y vizcainos: para dos cañones no los apruebo. 2.º Cañones torcidos: son algo más sólidos en escopeta doble que los anteriores, pero se usan poco. 3.º Cañones de cintas; que estando bien hechos ofrecen tanta seguridad como los finos, y en armas de poco coste son preferibles á las clases siguientes, porque por el mismo coste serán mejores. 4.º Cañones de alambre; serian muy buenos si pudiera haber seguridad de que los distintos hilos que componen la cinta están perfectamente unidos unos á otros sin grieta alguna en toda su longitud, ni al pegarse las orillas de la cinta que resulta de su union. Por desgracia esto no es fácil. 5.º Cañones damasquinos; de los que hay casitantes variedades como fábricas. El damasquino inglés (Stubtwist) se hace con clavos viejos de herraduras, reducidos á barretas, retorcidos y reducidos á cintas, con una tercera ó cuarta parte de acero suave: estas cintas se usan como en la clase núm. 3, y son muy buenas. El damasquino que se usa en otras fábricas se compone de $\frac{2}{3}$ ó $\frac{3}{5}$ partes de alambre de hierro, y lo demás de alambre de acero: se colocan tres á tres, ó cinco á cinco; se retuercen, se caldean, se machacan, se vuelven á torcer y caldear etc., hasta que se forma la cinta para forjar el cañon. Hay además otras mezclas más ó menos vistosas, pero el resultado es poco más ó menos el

mismo. 6.º Cañones de acero: estos se hacen con muelles viejos de coche; muchos los alaban, pero aunque dicen que por su dureza comunican más fuerza al tiro, por su menor elasticidad creo con el coronel Hawker que esta ventaja si existe, no compensa la mayor probabilidad de estallar; pues los otros sistemas pueden formar bolsa, y prefiero perder una escopeta al riesgo de quedarme estropeado.

Advertiré de paso á los principiantes, que en algunas fábricas que se dedican á vender barato, más bien que bueno, hacen unas láminas muy delgadas de labor adamascada, que sobreponen á un cañon cualquiera de hierro ordinario, con lo cual presenta el aspecto de clase superior, mientras que en realidad son de los peores. Este fraude, pues ningun otro nombre merece, me lo hizo conocer un amigo mio, armero francés, quien al mismo tiempo me indicó el medio de descubrirlo, que es quitar los culatines y tocar el extremo de los cañones con ácido nítrico, conociéndose en seguida si su grueso total es de la misma clase, ó solo tiene un forro como el *doublé*, en cuyo caso se debe desecharlo.

Como las distintas clases de cañon influyen mucho en el precio de las armas, cada cazador elegirá la que mejor convenga á su bolsillo.

Pasaremos ahora á los utensilios necesarios para cada clase de armas. Para las de piston, debe tomarse: 1.º Un frasco para pólvora con boquilla graduada que alcance desde dos adarnes hasta tres, con subdivisiones de $\frac{1}{4}$ de adarme: los mejores son de metal forrado en cuero, y la boquilla debe cortar el tiro entre dos chapas, pues las que solo cierran el orificio por un lado, fácilmente dejan comunicacion entre la carga cortada y la que queda en el frasco, y en caso de incendiarse se convierte este en una granada que producirá graves lesiones. 2.º Un frasco para perdigones, de cuero, con boquilla de palanca, que mudándole la paleta exterior sirva para cortar el tiro de una onza ó de onza y cuarto, á voluntad. Estos dos frascos se deben llevar cada uno en un bolsillo, cuidando de no trocarlos para no dar lugar á equivocaciones. 3.º Una pistonera con cebador. Las hay muy buenas con tapa de cuerno trasparente, que permite ver

los pistones que contienen, y se usan mucho en Baviera y otras partes de Alemania. 4.º Tacos de fieltro para encima de la pólvora: los que se hacen en París con el nombre de *Bourres feutre, grasses, concaves*, con la marca *J. C.* son muy á propósito, y no caras en comparacion con las inglesas: el que las quiera más baratas puede usar las de Gunther: para encima de los plomos yo prefiero los tacos comunes de carton del grueso de medio duro, y bien justo al cañon. Cada clase conviene llevarla en bolsillo distinto. 5.º Chimeneas de repuesto: las capilares que forman un poco embudo arriba y presentan á la pólvora un agujerito pequeño, son las mejores, y deben tener una zapatilla de cobre para ajustarse mejor al culatin. 6.º Destornillador para tornillos y chimeneas, baqueta de lavar con porta-estopas, grata de alambre y sacatrapos fuerte. Los demás útiles que suelen usarse, como rascador de hierro, y esponjas, los considero el uno inútil y el otro perjudicialísimo. Un baja-muelles es útil á veces, si el que lo ha de usar lo sabe hacer, pues en caso contrario pudiera estropear las llaves. 7.º Portafusil y funda de cuero. El que quiera gastar y pueda, hará bien en tomar un estuche de madera ligera cubierta con lona, que pesa poco, y donde se puede guardar la escopeta con todos sus accesorios bajo llave, y que es más cómodo para llevarlo todo reunido en un solo bulto, para cualquiera expedicion de caza, resguardando mejor la escopeta de golpes y rozaduras.

Para el sistema Lefauchaux, se necesitan: 1.º Un gancho para sacar los cartuchos: los simples ganchos ingleses son los más sencillos y más cómodos. 2.º Cinturon para llevar los cartuchos: los de tela, con goma elástica, que pueden caber al rededor de la cintura treinta á cuarenta cartuchos, son los más ligeros y cómodos. 3.º Un molde para cargar cartuchos, con embudo, atacador y rebordeador; unas tenacillas ó pinzas planas para quitar y poner las agujas; una medida graduada para medir la pólvora y los plomos de la carga; agujas cargadas ó sea con pistones para volver á cargar, y para mudar la aguja en los cartuchos que den falta; cajas de culotes y tacos para cargar, y cartuchos vacíos de repuesto. 4.º Destornillador, útiles de limpieza como para el

otro sistema, y además un limpia-recámara, que es un mango con una aguja en la que se ensartan varios tacos de fieltro engrasado, para mantener siempre limpio y suave el hueco donde se pone el cartucho, facilitando así su entrada y salida. 5.º Depósito de cartuchos cargados, grande y con llave para tener repuesto durante una cacería larga. El estuche se requiere aun más con este sistema que con el otro.

En esta nota he puesto solo lo preciso para estar suficientemente equipado el cazador; pero si puede y quiere gastar más, debería tener varios otros utensilios, y particularmente un juego de cartuchos fuertes de laton, y mejor de hierro, para poder cargar en el campo si se le concluyen los de carton; á ménos de tener escopeta de doble sistema, que son más útiles pero mucho más caras. No hablo del uso de balas, porque aunque no hay inconveniente en hacerlo en un caso imprevisto, como las escopetas lisas no están hechas para este objeto, si se repite mucho suelen resentirse los cañones.

M.

(Continuará.)

MONTERÍAS.

BATIDAS Ó CACERÍAS MAYORES.

(Continuacion.)

Tambien es sumamente útil, porque en una batida puede haber dos reses heridas, y debe saberse cual conviene seguir primero, sino se quiere invertir dos tandas y desmembrar la gente, sobre todo los perros.

En las batidas no debe tirarse ninguna caza menor, ni aun zorras, pues acontece algunas veces que un jabalí se vino al rehurto aprovechando la mucha maleza, y si sintió el menor ruido ó le dió algo de aire, por efecto de los revocos del viento, se amaga hasta que los perros dan con él ó que algun ojeador lo levanta; y si oyó ruido y mucho más tiro, retrocede y pierde el cazador un buen lance, por lo cual no debe tirarse más que res ó lobo.

Debo hacer presente que el jabalí no vuelve al tiro como la vulgaridad cree; pero si marca su marcha por vereda y no la abandona, destrozando cuanto encuentra de obstáculo á su paso: por consiguiente, en apartándose de su camino una vara, puede el cazador tirarlo sin miedo que retroceda bien le acierte ó le yerre, aconsejando una y mil

veces el mayor silencio en el puesto, y que se esté lo mejor cubierto que sea posible.

Cuando se coloca en el puesto, debe saber el cazador dónde quedaron sus compañeros de derecha é izquierda, arreglar su puesto, quitar las ramitas que le incomoden, sin poner ninguna al revés, limpiar la leña muerta que haya donde pise, y cuantos obstáculos puedan ocasionar el menor ruido: *el buen puesto y el silencio matan la caza*. Tampoco debe tener perro en el puesto, y si lleva criado lo hace marchar á retaguardia doscientos pasos, donde pueda oír el silbido de su amo.

Aunque parezcan pesadez y nimiedad estas prevenciones, yo hubiera querido que me las hicieran; me habria ahorrado muchos disgustos. El menor incidente, la cosa más insignificante es sobrado para perder la ocasión de resarcirse de los malos ratos que ocasiona la encantadora diversion de la caza.

Los otros dos directores ocupan el número 1.º y último de los ojeadores, cuidando mucho que estos no se junten, que lleven los perros atados hasta principiar la batida, que pongan la encerra á los perros, que los ojeadores marchen lo más igual que permita el terreno, tirando piedras á las matas antes de pasar de ellas; que cuando oigan tiros se pasen para dar lugar á que carguen, pero sin dejar de dar voces y animar los perros; que cuando vean res lo digan y qué clase es, con el objeto de que sirva de aviso para las escopetas: si conocen no puede oírse la voz por la mucha distancia, dará tres golpes secos y seguidos con el caracol ó bocina; esto sirve de voz preventiva, pues aunque todo cazador debe estar en extremo vigilante, siempre es conveniente un aviso.

Volviendo á las heridas de las reses, creo no estará demás explicar el modo de conocer las que no quedan muertas en el acto que reciben el tiro. Herida en el espinazo, en la parte anterior de los riñones, esta no es mortal en el acto. Este tiro dá la sangre alta y caida entre pié y mano; pero si la bala tocó á los riñones ó rompió el espinazo, no se mueve. En la cruz, llamado vulgarmente volanderas, que es sobre los hombros, el tiro derriba la res, y generalmente queda con las patas arriba.

En este caso debe el cazador lanzarse sobre ella y rematarla, pues si se levanta no se cobra. El tiro en los bofes es el del codillo. Esta herida hace quedar la res en el sitio, por lo regular, ó si anda es poco; la sangre que dá es alta y se conoce por el resrigue que deja en las matas por donde pasa. El tiro que dá en el hígado, aunque mortal, no lo es en el acto y dá mucha sangre negra, espesa y con espuma; la res así herida se cobra si hay buen perro de trailla, yendo con mucho silencio para volverla á

tirar si fuese necesario, que esto acontecerá pocas veces.

La herida en las tripas menudas sin llegar al vientre, se conoce en que dá poca sangre y baja, y en que se paran pronto, se encogen y tienden la cola, porque el mucho dolor no las permite andar: su recobro es muy fácil echándola los perros, ó tomándola viento volverla á tirar. Cuando la res tiene roto algun brazo por la parte interior del cuerpo, puede andar poco y se recobra con facilidad tirándola segunda vez ó con los perros; mas si la rotura es por la parte exterior, entonces es necesario atalarla para ver donde se encama, y dejarla que se enfrie para entrar á tirarla otra vez con el viento de cara, teniendo preparados los perros hácia la parte donde la res tenga la herida; con la prevencion de que cuando está así herida, huye pico á viento.

Hay otras heridas en las patas y caderas, cuyo recobro es dificultoso en los corzos, gamos y ciervos, porque la agilidad que tienen de medio cuerpo adelante, les permite correr aun despues de heridos en los remos delanteros; más no así cuando es en los traseros, por no poder sostener sobre ellos el mayor peso del medio cuerpo atrás; así sucede que faltándoles el apoyo de una piedad, se cansan muy pronto y cualquier perro los alcanza. Todo lo contrario sucede en los jabalíes, pues como son más pesados de medio cuerpo adelante, no pueden sostener todo su peso sobre un solo brazo ni abrirse paso entre la maleza: soltando los perros lo alcanzan en seguida, le paran, y puede llegar el cazador á rematarlo con el cuchillo. Lo contrario sucede cuando la herida es en los remos traseros, pues aunque tenga uno de ellos roto, corre y se abre paso por la mayor maleza, siendo muy difícil su recobro: únicamente puede lograrse con un perro maestro de trailla que guie á los de sujeta.

Debo hacer presente, y no deben olvidar los cazadores, que toda res herida marcha en busca del agua para meterse en ella, y si no la hay, en lo más espeso del monte.

Aunque no hay una regla positiva para marcar en una batida los mejores puestos, ó sean los que tienen más probabilidad de tirar las reses, sin embargo, debe tenerse presente que los corzos, los ciervos y paletos, buscan para huir lo más escueto: los jabalíes al contrario, lo más espeso y enmarañado para marchar cubiertos siempre que puedan. El lobo, como animal de mucho instinto, escoge el término medio, monte poblado pero en intervalos, dando una carrera y parándose oculto con una mata para ver y escuchar: por lo cual vuelvo á encargar el mucho silencio y lo muy cubiertos por delante.

También debe servir de regla que cuando las maricas ó urracas graznan, pasan-

dose de un árbol en otro, es que viene alimaña á quien vienen siguiendo, y aunque suele ser zorra, conviene no estar desapercibido, porque también lo hacen al lobo y gato cerval, á los que se debe tirar por lo dañosos que son para la caza mayor.

C. HIDALGO.

(Continuará.)

EDUCACION DE LOS PERROS.

UNA ADVERTENCIA Á MIS COMPAÑEROS DE AFICION.

En vista de que varios aficionados á caza entregan los perros para su educacion, bien á un cazador de oficio, ó algun guarda de monte, he creido oportuno darles un aviso para que no sean engañados.

Lo mismo el perdiguero que el pachon, necesitan una educacion mucho más esmerada que ninguno otro, siendo un error el creer que un perro puede ser maestro al poco tiempo. Tanto en los animales como en los racionales hay tontos y discretos, por lo cual se ven perros que las primeras veces que salen al campo, cazan y dan indicios de aficion é inteligencia, y otros que jamás podrán servir más que de estorbo.

Muchas veces se culpa al perro de faltas que no son suyas, y si del cazador, por lo cual es necesario ser muy parco en el castigo, particularmente en el campo, y observar bien si fué la causa del perro, ó si fué ocasionada por defecto físico de la vista ó por tener pocos vientos.

También debe tenerse muy presente que las faltas más notables que puede tener un perro, son la desobediencia, adelantarse, salir escapado á los tiros de los compañeros, levantar la pieza sin haberla tirado, y romper la muestra.

Examinemos las causas de estas faltas. Si el perro desobedece, es culpa del amo que no le enseñó en casa; que si se adelanta no lo consiguió la primera vez; si sale de estampía á los tiros de los compañeros, estos tendrán la culpa, pues nunca falta una piedra para tirársela, y hacer que marche con su amo.

Hé aquí el principal motivo de que pocos perros cobren una pieza herida: cuando el cazador tira, y los perros de los compañeros corren atolondrados y sin más norte que la envidia, ninguno huele ni toma el rastro de la pieza, pues le borran con sus carreras; y porque corre uno corren todos sin saber con qué objeto, de lo que resulta no cobrar y meter ruido, levantando otra pieza que puede haber cerca.

Muchas son las causas de romper las muestras, y la mayor parte de las veces no es culpa del perro: puede sentirle la pieza que está encamada, y arrojarse: puede esta

ser amagada y no estar encamada, en cuyo caso no espera: puede ser efecto del revoco del viento, pues aunque el cazador lo lleve á la cara, si tiene detrás algun cerro le dá por la espalda.

Hechas estas ligeras observaciones, volvamos al asunto: los corsarios no pueden nunca enseñar un perro para divertirse un caballero. El corsario sale á caza por especulacion, por ganar su jornal, sin sujecion á nadie, y para esto necesita que el perro no estropee la pieza que ha de presentar á la venta, no permitiendo que el perro la coja, y mucho ménos en tiempo de calor: el cazador de oficio no puede entretenerse en enseñar al recobro, porque perderia el tiempo que necesita para ganar el jornal: tampoco puede enseñarle á que se esté quieto en el puesto durante un ojeo, porque no caza así, ni tampoco á espera, por la misma razon; ni á que el perro busque pañuelo, petaca ú otro objeto que se le pierda al amo, porque esto requiere paciencia y mucho tiempo, y el corsario no puede perderlo, y para más hacer patentes mis razones, voy á referir lo que á mí me sucedió con uno.

Falto de tiempo por mis ocupaciones, entregué á un cazador de oficio un magnífico cachorro perdiguero de ocho meses, después de tener la primera educacion en casa, con la condicion de que el perro estaria en la mía, y él lo llevaria la vispera de ir á caza.

La primera vez que lo sacó, cuando volvió después de dos dias en tiempo de calor me hizo mil elogios, tanto que me dió que pensar su exageracion; pero como siempre halagan las buenas cualidades, decia yo: «aunque la mitad sea falso, siempre queda otra mitad de mérito.» Otras dos veces lo sacó de mi casa, y cada vez oia mayores proezas del perro; pero yo advertía que este venia con ganas de jugar y sin gastar las uñas. A la cuarta vez me dijo que estaria fuera tres dias; al segundo fui á su casa, y me encontré mi perro atado en el patio: me guardé muy bien de acercarme á él para no infundir sospechas á una muchacha que estaba en la casa, y me salí diciendo que volveria al otro dia.

Pasados los tres dias que habia marcado, vino por la noche con mi perro, y echó el resto en alabanzas, que colocaban al animal á la altura de un perro maestro; le pagué diciéndole: «Supuesto que tengo un perro maestro, no necesito darle más educacion, pues atado sabe estar: páselo V. bien.»

Los guardas no tienen facultades para cazar, y si lo hacen es faltando á su deber, y en lo demás, con corta diferencia, reúnen las mismas circunstancias que los corsarios. Lo que aprenden los perros, tanto en poder de unos como de otros, es á ser golosos y ladrones á fuerza del hambre que han pasado.

El aficionado que quiera tener buen perro debe enseñarlo él á fuerza de paciencia, teniendo presente que por bueno que sea, si no se caza á menudo, pierde mucho: aunque sea muy sobresaliente, si caza con otros malos se resabia y adquiere malas costumbres: no olvidándose que nunca se les debe mandar con voces, ni en casa, ni ménos en el campo, excusando los silbidos y valiéndose siempre de señas hechas con la mano.

C. HIDALGO.

ÚLTIMA HORA DE JULIO GERARD.

Con el corazón dolorido y con lágrimas en los ojos, sintiendo y no pensando, nos vemos hoy obligados á decir cuatro palabras sobre los últimos días de esa lumbrera de los cazadores franceses, de ese génio sobrenatural, que á su serenidad, á su valor y á su arrojo, unia vastos conocimientos científicos y un corazón bello y generoso que le inducía á cazar, no por el solo hecho de recrearse, que misión harto más elevada es la de los grandes cazadores, sino por el bien de sus semejantes, á los que libró más de una vez de las fieras que por do quier le acosaban; de Julio Gerard, en fin, que tantas páginas de gloria ha llenado en los anales cynegéticos del mundo, y que, si no el primero, es uno de los principales cazadores del siglo.

Sí, doloroso nos es decirlo; pero Julio Gerard murió, y murió víctima de su santa misión; murió cuando se preparaba para añadir con una más el infinito número de las expediciones que habia hecho contra los reyes de las selvas, contra los fieros leones, ante quienes se presentaba con esa serenidad que es peculiar de las grandes almas.

¿Cuál fué su muerte? ¿Qué hechos explican el fin de Julio Gerard? No lo sabemos. Un denso velo cubre la historia de la última hora del príncipe de los cazadores franceses; hemos registrado colecciones, hemos consultado diferentes publicaciones que hablaban sobre este hecho, que ha enlutado los corazones de todos los hijos de San Huberto; pero para nosotros todo lo cubre un misterio que hasta ahora no hemos podido comprender.

Lo único que hay de cierto es que Gerard pidió licencia el año 1864 para ir á cazar á San Luis de Senegal (Senegambia), la que le fué concedida, y que salió con otros amigos suyos. De aquí en adelante todo es un enigma: quién pretende se ahogó al pasar á nado el río Senegal; quién asegura que fué asesinado por sus mismos compañeros; se han presentado ya escopetas, ya sombreros, ya trages de caza, ya en fin cualquier otro objeto diciendo pertenecían al malogra-

do *matador de leones*. No han faltado tampoco cartas y documentos que justifiquen unos ú otros asertos; pero lo cierto es que oficialmente no se ha sabido referir la verdad del caso.

Todo lo que hemos oído y leído sobre este triste suceso, nos induce á creer que fué asesinado y arrojado después al río para que las aguas, enturbiadas con la sangre que ha vertido mano homicida, oculten bajo sus ondas y no dejen transparentar el sangriento drama que, aunque sin atrevernos á asegurarlo, sospechamos que ha tenido lugar en aquellos lugares, respetables para nosotros, porque todavía vaga allí el recuerdo sagrado de nuestro héroe.

J. SPINELLI.

UN EPISODIO DE CAZA EN ARGELIA.

Todos los periódicos del vecino imperio se han ocupado de la intrepidez y valor de Julio Gerard. *Le Journal des Chasseurs*, órgano de los cazadores franceses, ha sido el que con más entusiasmo ha referido las glorias del célebre cazador de leones.

Entre los diferentes documentos que ha publicado dicha Revista, figura la siguiente carta, que creemos verán con gusto nuestros lectores:

«Sr. Director: Os envío, según vuestros deseos, detalles sobre una cacería de leones, en la cual nuestro compañero Julio Gerard ha demostrado el valor y la serenidad de un cazador consumado.

Permitidme antes de entrar en materia, que os diga cuatro palabras acerca de las cualidades de dicho jóven, porque de este modo mi relato os ofrecerá más interés.

Julio Gerard, jóven de veintisiete años, nació en Pignans. Sus honrados padres le dieron una educación brillante. Gerard se enganchó hace dos años en los *espais* de Bone, donde ascendió á los diez y ocho meses á jefe del escuadrón de Ghelma. Este apreciable sugeto, lleno de dignidad y de bravura, se hace querer de sus amigos y subordinados por su dulzura. Bajo su cuerpo, de mediana estatura, de débil constitución, se encierra un alma de temperamento fuerte, un corazón afectuoso y un espíritu reflexivo.

Ya se habia señalado por su destreza en el tiro al blanco, en la caza del jabalí, de la hiena y del chacal, cuando, queriendo indagar el único peligro que en el círculo de Ghelma podia entretener su valor, me pidió permiso para una cacería de leones, acompañado de algunos *espais* del país; le concedí la licencia seguro de que sería bien recibido por los indígenas, ya porque hablaba su

lengua, ya por su bello carácter, ya por el objeto, pues aquel país estaba amenazado por las fieras. En efecto, desde el momento en que los árabes vieron á Gerard esperar con bravura al leon, le suplicaron fuese á menudo hácia sus aduare, y le hicieron todo género de promesas; pero Gerard jamás aceptó de ellos más que su buena hospitalidad y las noticias que podían procurarle la ocasión de librar al país de un animal tan temible.

Se ha visto á Gerard esperar muchas noches al leon en el fondo de los barrancos solitarios, y volver sin haber podido encontrar la ocasión de probar hasta dónde era capaz. Por fin el 8 de Julio, á las seis de la tarde, colocado en un claro del bosque de Archiana (1), Gerard; despues de haber oido por largo tiempo los rugidos del *said-ahal* (leon negro) (2): se dirigió en seguida al punto de donde partian los rugidos del terrible animal.

Gerard avanza con el corazon lleno de gozo, y con dos compañeros, hácia el temible enemigo con quien iba á combatir por la primera vez.

El leon, percibiendo una tropa de bueyes, ruge todavía, como queriendo prevenir á la naturaleza del crimen que va á cometer; pero el valiente cazador marcha siempre á su encuentro. Nuevos rugidos anuncian á Gerard que pronto se va á encontrar frente á frente con él, y sintiendo por fin su llegada, el cazador se separa é impone silencio á sus aventureros compañeros. Aparece instantáneamente el más peligroso de los huéspedes de Archiana, que presenta á Gerard un adversario digno de su noble valor.

Á la vista de los valientes que le esperaban á pié firme, el leon levanta su enorme cabeza, se eriza su bella crin que sombrea, los ojos despiden chispas, y continúa avanzando á paso lento. Prohíbe Gerard á los compañeros hacer fuego, y espera tranquilo á su enemigo para tirarle á boca de jarro. El tiro sale por fin, y el leon cae con la cabeza rota, entre los últimos rugidos arrancados por el dolor que concluye con su vida.

Este animal era uno de los más fuertes del país; pesó despellejado 250 kilógramos, y tenia tres metros de longitud.

Voy ahora, Sr. Director, á daros detalles de lo que hizo despues el intrépido Gerard en la noche del 3 al 4 de Agosto siguiente.

Los árabes del aduar de los Zaoneni habian

(1) La Archiana es una pequeña selva de espesas malezas y de lentiscos, al Sur de la que corre por el fondo de un barranco cubierto de árboles el río Bou-Movia. Este monte se halla á tres leguas S. E. y á la extremidad de la llanura de Ghelma.

(2) Los árabes dan nombres á los leones que se atreven de día á entrar en los aduare para llevar los bueyes y los carneros.

avisado á Gerard que un leon acababa de devorar, despues de otros muchos, un rebaño; el cazador se colocó con Saadi-bou-Nar detras de un espeso matorral, fuera del cercado del aduar, cerca de Ain-Sefra, en la garganta de Serd-el-Aouda, para esperar al leon que devastaba el país.

Hácia las dos de la madrugada, en el momento en que la luna se cubria con una nube, el más bello y el más valiente de los leones de la Mahouna se presentó ante el arrojado soldado, mientras su compañero, lleno de confianza, estaba durmiendo tranquilamente. Gerard, sin despertar á su compañero, se prepara á hacer fuego contra el rey de los bosques, el que, levantando su hermosa cabeza y erizada su soberbia crin, avanzaba á saltos. El tiro salió hiriendo de muerte á uno de los más bravos leones de la antigua Numidia, y despertó al mismo tiempo Saadi-bou-Nar, que también queria hacer fuego; pero Gerard le impidió y tiró de nuevo al leon, que se revolcaba todavía en un charco de sangre, aterrando los bosques con los rugidos que le hacian dar el dolor y la rabia. Cogiendo nuestro héroe el arma de su amigo, se prepara á enviar otra tercera bala; pero vió á su digno adversario, que manifestaba querer desgarrar la tierra, levantarse dos veces y caer otras tantas sobre sus piés, sin fuerzas, para no levantarse más.

Así, en el espacio de veinticinco dias, Gerard ha matado el leon negro de Ghelma, y el más valiente de los leones de Mahouna. En recompensa de su gran sacrificio, el general Randon, jefe de la subdivision de Bone, le ha dado un fusil de honor y le ha presentado al duque de Aumale cuando fué á Ghelma S. A. R., quien despues de haber dirigido á Gerard palabras benévolas y cariñosas, le ha regalado un hermoso fusil de caza.

Disponed, Sr. Director, de la seguridad de mi alta consideracion.—El capitan comandante de los *espais* de Ghelma, DURAND.

UNA CACERÍA DE TORDOS.

(Continuacion.)

Una hora antes de ser de día nos despertó la voz de Diego con las alarmantes palabras de «¡señores, á colgar la asadura, que ya está el almuerzo dispuesto!» Inmediatamente nos sacudimos las orejas, y con esta *toilette* á lo perro, empuñamos nuestras cucharas, y colocados al rededor de la sartén llena de unas gachas-migas bien tostadas por fuera, y tiernas por dentro, con dos tragos de lo tinto por contera, y encendiendo un puro cada uno, preguntamos á Diego: ¿Por dónde empieza hoy la vuelta? A lo que contestó mientras guardaba los trastos de cocina, echándose al morral un gran pedazo de torta, y presentán-

donos á cada uno otro tanto con una buena tajada de liebre envuelta en ella: «Señoritos, toda la noche ha corrido el aire solano, y ó no hay en todos los sabinos un ciervo, ó á esta misma hora están en los sembrados del cortijo del Gallo; conque así, fuera pereza, y cada uno llene su frasco de vino ó de agua y guarde su merienda, pues hasta la noche que lleguemos á Sages, no hay que contar con volver á comer. Muchacho, carga el hato, y te vas por lo derecho allá; á puestas del sol pones á cocer lo que queda de caza: echas tortas, y ten cuidado con el perro de Molina el casero, que es muy goloso; ten también cuidado de atar los nuestros, que vas á llevarte para que no estorben, y te advierto que si te descuidas y se comen algo, será tu ración. El carro se queda aquí; y el borrico, con todo el avío, que no lo pierdas de vista; y ten buena provision de leña, porque me parece que no llegaremos muy secos.»

Al oír esto, sabiendo lo práctico que era el tal Diego, á algunos de los que íbamos les entusiasmó poco el programa, pues se creían ya calados, hambrientos y cansados, antes de la noche; pero con la perspectiva de poder tirar algún venado se animaron, y echamos á andar en dirección del Gallo con las escopetas cargadas con bala, y el que esto escribe, con el rifle bien preparado. Después de caminar bastante con el más profundo silencio y hasta sin fumar, llegamos al Gallo, y detrás de un bosquecillo de sabinas, en medio de un sembrado, vimos un hermoso venado acompañado de dos ciervas, tirándonos inmediatamente al suelo según se nos tenía prevenido. Diego entonces con voz apenas perceptible nos recomendó la inmovilidad más absoluta mientras él les cogía la vuelta á las reses, á ver si las hacía romper hacia donde nos encontrábamos. Dicho esto se escondió detrás de unos matorrales bajos donde lo perdimos de vista, y después de un cuarto de hora de esperar, sin duda por algún movimiento imprudente de alguno de nosotros, tuvimos el disgusto de ver arrancar las reses á la carrera, obligándonos á tirarles á más de 200 varas de distancia, sin tener el gusto de ver caer á ninguna, y queriendo todos echar la culpa á los compañeros de tan desgraciado lance. Nos juntamos con Diego, que traía una cara á propósito para pedirle un favor, y después de un rato de recriminaciones, en las que sabe Dios quién tendría más razón, seguimos nuestra marcha no muy contentos hasta que, donde menos lo pensábamos, saltó un hermoso ciervo de detrás de una mata: todos le tiramos, más no cayó; y puesto Diego en el rastro que siguió unos 200 pasos, volvió diciéndonos que el ciervo iba herido, pero que no se podría cobrar en el día, porque teniendo la herida alta en el lomo y no habiéndole tocado al espinazo, no pararía hasta llegar al agua, y la más cercana, se-

gun la dirección que llevaba, estaba á tres leguas de distancia, por lo que convenia dejarlo. Así lo hicimos y seguimos nuestro camino, ya con las escopetas cargadas con plomos, pues era preciso reponer nuestras provisiones á costa de las liebres que hasta ahora habíamos despreciado con la esperanza de matar alguna res.

Nada de particular ocurrió hasta las tres de la tarde, cuando después de matar media docena de liebres se nos vino encima una niebla espesa y húmeda que por minutos iba convirtiéndose en lluvia, y que muy pronto nos puso hechos una sopa, y casi no nos dejaba fumar para conservar algún calor. En vista de esto nos envolvimos en nuestras mantas lo menos mal posible y echamos á andar vía recta hacia Sages á través de cerros y barrancos, tropezando en las piedras de unos, y metiéndonos hasta los tobillos en el barro de los otros, llegando al anochecer cansados y de mal talante á Sages. Este dichoso cortijo se componía entonces de unas paredes de poco más de dos varas de alto, que formaban un cuadrilongo de unas doce varas de largo por cuatro de ancho: en la punta del Norte había una chimenea grande, por donde de día entraba la luz, y de noche se veían las estrellas; pero que al llegar nosotros contenía una grande hoguera donde se concluía de guisar nuestra cena, cuyas apetitosas emanaciones reconfortaban nuestro olfato, mientras nos secábamos á la lumbre sentados en los dos poyos de piedra y barro que había á los lados, y que habían de servir de catres para los dos de nosotros á quienes les tocasen en suerte, sacando pajas para saber quiénes tendrían derecho á escoger sitio primero. La suerte me favoreció, y tomé posesión del poyo de la izquierda, donde instalé al momento mi saca, teniendo en frente al primo del Bonillo, mientras los demás formaban un semicírculo en frente de la hoguera. Detrás de ellos se veía en la semioscuridad del resto de la habitación, alumbrada con un solo candil, una pesebrera donde estaban atados un par de bueyes y nuestro rucio, y en el fondo un marrano, sirviendo las vigas, encima de nuestras cabezas, de dormitorio á unas cuantas gallinas y un bienaventurado gallo, á quien hubiéramos deseado de buena gana un catarro crónico de los más finos, pues con su magnífica voz de tenor, cantando toda la noche de media en media hora, apenas nos dejó dormir á pesar del cansancio.

Aconsejo muy encarecidamente á los cazadores que hagan semejante expedición, que no se olviden (como á nosotros nos sucedió) de llevar en el morral una vara de pajuela ó mecha azulada, porque si les sucede igual calamidad, pueden levantarse sigilosamente cuando llega el caso, y encendiéndola perpendicularmente debajo del cantor, á los dos minutos cae asfixiado al

suelo, y se logra quitarse la incomodidad sin chocar con los labradores, que ignoran la causa de la catástrofe; y al día siguiente por un par de pesetas se compra el cadáver para proceder á la autopsia, aunque sea con arroz; y si tiene el espolon tan pronunciado, que ofrezca dudas de su propensidad á la ternura, se cuece con la caza que se destina á los gazpachos, y así como según el refrán, *la gallina vieja hace el caldo gordo*, no hay duda de que al gallo le sucede lo mismo.

Después de bien secos, y de un rato de broma agri-dulce sobre los sucesos del día, se acomodó cada cual como pudo al rededor del caldero, y concluida la cena se tendió cada uno en su saca á fumar y descansar (que buena falta hacia, pues el que más y el que menos estaba molido); pero como ya he indicado, nos llevamos chasco en cuanto al sueño, á causa del maldito gallo, por lo que al ser de día ya estábamos de pié. Después de almorzar sólidamente, mandamos al hatero con el burro y el avío al molino Losero á que nos esperase allí con la comida al medio día, y emprendimos nuestra marcha por las orillas de un arroyo que pasa cerca de la casa, y se va á juntar con otros que van á las lagunas, con un cañon preparado para patos y otro para becasinas y caza menuda. Recorrimos todos aquellos prados y humedales, matando siete ánades y un par de docenas de agachadizas y aves frías, que otros llaman *quincenetas*, y son el *Fringa Vanellus* de Jemminck, tan célebres por el refrán francés: *Qui n'a pas mangé de canneau, n'a pas mangé un bon morceau*.

Á las doce del día llegamos al molino Losero, donde comimos y fuimos obsequiados por el molinero, llamado Mella, quien nos dijo que si esperaríamos hasta el anochecer, veríamos un espectáculo que probablemente nos sorprendería, pues venía á dormir á unos carrizales, un poco más abajo del prado, una bandada de tordos que cubría el sol y que seguramente no bajaría de cien mil aves.

R. A. M.

(Concluirá.)

VARIEDADES.

LA CAZA DEL MIRLO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuación.)

—¿Y cómo cuánto, dije yo sin dar importancia á la pregunta, cómo cuánto cree V. que podría producir un concierto?

—Si quiere V. que me encargue de anunciarlo y distribuir los billetes, yo respondo de cien escudos.

—¡Cien escudos! exclamé yo.

—Ya conozco, caballero, que no es una gran cosa; pero Niza no es París, ni Roma.

—¡Ah! no, no; es una hermosa ciudad, si señor.—Yo continuaba adulándole, porque esto me había salido bien.—Y en proporción de lo que es.... si yo estuviera seguro de que sin tener que ocuparme de nada más que de tomar mi violonchelo y dejar encantado al auditorio, podría esto producir cien escudos....

—Los aseguro por segunda vez.

—¿Y también con la comida como en la ópera de París?

—Y con la comida.

—Pues corriente: anúnciame V.; póngame en los carteles como le parezca mejor.

—¿Cuál es su nombre de V., caballero?

—M. Lonet, que acaba de llegar de Marsella á Niza, en persecución de un mirlo.

—¿Y es necesario que se ponga también esto en el cartel?

—Sí, señor, preciso; que me encuentro en traje de caza, y el respetable público de Niza podría creer que yo le faltaba al respeto que merece, siendo así que de nada estoy más distante, bajo mi palabra de honor.

—Pues bien, haré lo que V. guste caballero.... ¿Y qué piezas de música se anunciarán?

—No anuncie V. ni señale ninguna; haga V. que me traigan todos los espartitos del teatro, porque todos los conozco; tocaré ocho trozos de primera importancia á elección del auditorio. Esto lisonjeará el orgullo de los ingleses. Ya saben Vds. que esos isleños están llenos de amor propio.

—Pues señor, estamos corrientes, me dijo el dueño de la fonda; yo aseguro á V. y salgo fiador de cien escudos y además la comida. Al instante mismo le van á servir el desayuno.

—Bien, y tenga V. presente que según fuere este programa, formaré yo mi juicio acerca del modo como sabe V. cumplir lo que ofrece.

—¡Ah! nada, nada; no tenga V. cuidado.

—Y al salir por la puerta, oí que gritaba á sus criados: Un almuerzo de primera clase al núm. 4.

Me asomé al instante para mirar el número de mi cuarto; aquel era precisamente mi número.

Loco de contento, señores, me abracé con el violonchelo, y me puse á bailar una zarabanda.

Cuando dejaba á la pareja en su puesto, entraron los criados con el almuerzo.

Verdaderamente era de primera clase aquel almuerzo; y cuando vayan Vds. á Niza.... yo creo que van Vds. á Niza, ¿eh? pues bien, alójense en la fonda de York. Y si aun estuviese allí aquel fondista, lo cual es muy posible porque venía á ser hombre de mi edad poco más ó menos, estoy seguro que quedarán Vds. contentos.

Confieso que me senté á la mesa con cierto deleite.... hacia ya veinte y cuatro horas que no había comido. Concluido el almuerzo, y cuando estaba ya tomando mi taza de café, entró el amo de la fonda.

—Y bien, ¿qué le ha parecido á V.?

—¡Magnífico!

—Por mi parte está ya todo cumplido; por la de usted creo que no faltará á la palabra. Está V. anunciado para las ocho de la noche.

—Yo corresponderé al anuncio; quedará V. muy airoso. Hablando de otra cosa, ¿podrá V. decirme por dónde podría regresar mejor y más pronto á Marsella? Quisiera marcharme mañana mismo.

—Casualmente hay en el puerto un brik hermosísimo, que mañana de madrugada se hace á

la vela para Tolon. El capitán es íntimo amigo mío; es un marino muy valiente y hombre muy campechano.

—¡Calla! Yo no he visto á Tolon, y me alegraré de verlo.

—Pues bien; aproveche V. esta buena ocasión.

—Pero.... la cosa está en que.... yo tengo mucho miedo á la mar.... si señor, me asusta el embarcarme; en cuanto á esto, soy lo mismo que M. Merry.

—¡Bah, bah! Precisamente está ahora el mar como una balsa de aceite.

—¿Cuánto tiempo podrá durar esta travesía?

—Lo más seis horas.

—Eso es una bagatela. Corriente; me iré en vuestro brik.

El concierto se verificó puntualmente á la hora señalada, y es cuanto me permite decir sobre esto mi modestia. Recibí con la misma exactitud mis cien escudos, y á la mañana siguiente, después de haber gratificado á los mozos con un paso doble que toqué en el violonchelo, me embarqué en el brik *La Virgen de los Dolores*, su capitán Garnier.

IV.

Me sucedió precisamente lo que me temía. Lo mismo fué poner el pie sobre cubierta. empecé á marearme, y conocí que si no me metía al instante en el camarote, había llegado el fin de mi vida....

Al cabo de dos horas, cuando ya me encontraba algo más aliviado, oí que sobre cubierta arrastraban alguna cosa muy pesada que hacía mucho ruido; luego se oyó el tambor, y me pareció que aquel toque sería la señal del almuerzo.

—Amigo, pregunté á un marinero que llevaba un brazado de sables, ¿qué significa ese toque de caja? ¿Me hace V. el favor de decírmelo si se puede saber?

—Significa que tenemos á la vista los ingleses, me dijo aquel hombre con la franqueza y naturalidad tan común entre las gentes de su profesión.

—¡Los ingleses! Los ingleses son gentes de provecho, le respondí yo; ellos son los que me han dado las tres cuartas partes de mis ganancias de ayer.

—Bueno; pero en el caso presente muy bien podrá suceder que se las lleven todas; y continué subiendo por la escalera de la escotilla.

Detrás de aquel marinero pasó otro que llevaba un brazado de lanzas.

Detrás de aquel iba otro con una porción igual de achas.

Ya empezaba yo á recelar de que allí debía ocurrir alguna cosa extraordinaria. El ruido iba aumentando por momentos, y esto no era muy apropiado para tranquilizarme, cuando oigo por la escotilla una voz que decía:

—Antonio, súbeme mi pipa.

—Está bien, mi capitán, le respondió otro desde abajo.

Un instante después ya vi que un grumete de aquellos llevaba lo que habían pedido. Le agarré del brazo, porque era un muchacho, y su edad me permitía esta familiaridad.

—Mocito, le pregunté; ¿qué pasa por allá arriba? ¿Ese ruido es de que están almorzando?

—¡Oh! si señor, dijo aquel pilluelo con mucha socarronería; y á algunos les está esperando una buena indigestión de balas y de sablazos de re-

sultas del almuerzo; pero disimule V., caballero, que el capitán está esperando la pipa.

—Sin embargo, si está esperando la pipa, eso querrá decir que el peligro no será muy grande.

—Al contrario; precisamente la pide cuando más se calienta.

—Pero bien, ¿qué es lo que se calienta?

—La olla grande, señor; la que tiene caldo para todo el mundo. Suba V., suba V. sobre el puente y lo verá.

Conoci que lo mejor que tenía que hacer era seguir el consejo de aquel muchacho; pero la cosa no era tan fácil de hacer, por el fuerte vaiven del barco; en fin, yo me agarré como pude y llegué á la escalera, y bien asido á la barandilla me subí poco á poco.

Saqué la cabeza por la escotilla con todas las precauciones que exigía la situación, y vi al capitán, que á cuatro pasos de mí estaba sentado sobre un tambor, fumando con la mayor tranquilidad.

—Buenos días, capitán, le dije yo con la más amable sonrisa que me fué posible; parece que á bordo ocurre alguna cosa de particular, ¿eh?

—¡Ola! ¿Es V. M. Lonet?

Aquel valiente capitán, por lo visto, ya sabía mi nombre.

—El mismo, si señor; me puse algo malo, pero ya estoy mejor.

—M. Lonet, ¿ha visto V. alguna vez un combate naval? me preguntó.

—No señor, jamás.

—¿Y tiene V. deseo de presenciar alguno?

—Confieso que vería mejor cualquier otra cosa.

—Lo siento; porque si quisiera V. ver uno, pero de los buenos, hubiera quedado servido al instante.

(Continuará.)

CRONICA.

Leemos en un periódico:

«Se ha propuesto recientemente el empleo de una pólvora muy enérgica, formada de clorato de potasa y de ácido estánnico. Esta pólvora tiene el defecto de ser demasiado detonante, y por esta razón el doctor Borlinetto, profesor de química de la universidad de Pádua, tuvo primero la idea de sustituir el ácido gálico al ácido estánnico; pero con esta modificación, la pólvora, disminuyendo en violencia, ha resultado, sin embargo, demasiado rápida en su acción. Después del ácido gálico, se ensayó el ácido piérico, muy rico en carbono: la mezcla de partes iguales y bien trituradas de clorato de potasa y ácido piérico, constituye una pólvora que detona emitiendo una luz blanca muy viva, pero que es aun muy peligrosa, porque basta para inflammarla una ligera percusión. Era, pues, preciso renunciar absolutamente al clorato de potasa.

El Sr. Borlinetto le ha sustituido el nitrato de potasa, y ha hecho una pólvora muy ventajosa para caza.»

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.